

X Torneo Escolar de Lectura en Público

Un tiesto lleno de lápices (Fragmento)

Juan Farias

MAMÁ

Ahí viene Golo, pato patoso, a mendigar debajo de la ventana de la cocina.

Golo sabe que cuando mamá le da algo de comer, Nuria se ríe.

Cualquier cosa que haga reír a Nuria hace sonreír a mamá.

Hoy ese pato se ha comido todo mi cebo.

Ahora golpea con el pico en el cristal de la ventana.

—Está bien, Golo —dice mamá, y le pone una croqueta en el pico.

Golo es un pato raro, capaz de dar vueltas sobre una sola pata si te ve comer palomitas de maíz, o de llevar una croqueta caliente en el pico, ponerla en la mano de Nuria y esperar a que Nuria sople y la enfríe.

Mamá está contenta. Fríe croquetas y canta en voz baja.

Podría escribir diez o doce libros enormes hablando sólo de mamá.

Mamá es mamá. Por eso no puede estarse quieta, o no sabe estarse quieta.

Algunas cosas sí tiene que hacerlas. Por ejemplo, freír las croquetas o quitar los agujeros de los calcetines, pero que yo sepa nadie la obliga a fregarme las orejas siete veces por semana.

Mamá trabaja todo el día y aún pide tiempo para leer, tocar el piano o bailar un vals con papá.

Mamá, hace años, quería ser mamá y otra cosa, jefe de estación en una estación con

muchos trenes, capitán de bailarinas y hacer que todas volasen sobre un vals de Chopin, astronauta, tripular una nave y llegar hasta la última estrella o maestra de escuela para que todas las mañanas un niño le regalase una manzana.

Pero nació Nuria.

Nuria tenía poco más de un año cuando el médico dijo:

—No voy a darles buenas noticias. Lo siento.

Nuria no era una niña como las demás.

Aquel día mamá rompió todos sus proyectos.

Papá no supo qué hacer. Dice que se le hizo un nudo en la garganta y empezó a llorar.

Mamá se quedó en la mecedora, con Nuria en los brazos, viendo cómo Nuria se quedaba dormida.

Fue, cuentan, un día muy largo y angustioso.

—Tuve mucho miedo —recuerda papá y no se avergüenza.

Después presume de lo que hizo mamá:

—Acostó a Nuria y vino a decirme que ya no teníamos tiempo para lamentarnos.

Y siguieron cuidando a Nuria, a mí y a Marta, y aún tuvieron otro hijo, Pablo, que ahora quiere un destornillador para arreglar una cosa que no quiere decir.

Mamá es una mujer muy valiente. Nadie lo diría viéndola freír croquetas.

No es pequeña. Sólo lo parece.

NURIA

He leído casi todo sobre piratas, indios, exploradores árticos y vampiros.

Si me lo propusiera podría escribir un libro emocionante contando cosas que no me ocurrieron jamás.

Podría llenar tres o cuatro libretas con las aventuras de una noche en un castillo tétrico, puertas chirriantes, gemidos lastimeros, apariciones y todo eso.

Estoy seguro de poder quitarle el sueño a cualquiera contándole una historia así, o emocionarlo con las aventuras de un héroe que me invente, un arquero, un detective, un domador de elefantes o un pescador de caña, en el malecón, un día que el róbalo entre bien al cebo fresco.

Papá dice que lo que estoy escribiendo es una crónica y que le gusta mucho.

Ya me ha dibujado el retrato de familia, el día que conoció a mamá y a Pablo dibujando un tiburón.

Ahora le he pedido que me dibuje a Nuria sentada debajo del cerezo.

Quiero ser cronista. Es una forma de ser escritor que me parece bien.

Para ser cronista hay que escribir sobre cosas que uno ha visto y decir la verdad.

Como entrenamiento, y mientras no pueda hacer la crónica de una guerra entre hombres de buena voluntad, o la del hundimiento de un barco enorme, o sobre la emigración de los grandes patos hacia el Sur, escribiré la crónica de mi familia, quiénes somos y qué hacemos.

Papá me hace los dibujos y los voy pegando en las libretas.

Cuando termine pondré todas las libretas dentro de unas bonitas tapas rojas y ese va a ser mi regalo de cumpleaños para mamá.

En la segunda libreta, en el capítulo cuarto, debo escribir lo que estoy viendo ahora, una nube enorme, negra, en forma de queso, a Golo que picotea un hormiguero y a mi hermana Nuria que está debajo del cerezo que hay en el patio.

Mi hermana Nuria acaba de cumplir diez años.

Ayer papá me la dibujó bajita y graciosa, con todas sus pecas y los ojos grandes y tristes.

Mi hermana Nuria puede parecer un poco rara.

Ahora está en el patio, debajo del cerezo. Como a lo mejor llueve se ha llevado el paraguas de papá.

Le gusta estar sola y hablar con personas que se imagina.

A veces canta una canción de cuna para un niño que cree tener en los brazos.

*Duérmete niño
que es tarde ya.*

Eso es todo lo que canta. No sabe más. Lo repite y lo repite con mucha ternura.

Aprendió a poner la mesa a la hora de comer. Coloca un plato y dice:

—Papá.

Pone otro y dice:

—Pablo.

Y así hasta que llega al suyo. Entonces se ríe.

Yo le enseñé a amarrarse los zapatos. Me llevó mucho tiempo pero ahora lo hace ella sola bastante bien.

No vamos todos al mismo colegio. A ella la llevan a uno que está al otro lado del parque, cerca del puerto de pescadores.

Ella no estudia la tabla del siete, ni quién descubrió América o cómo el gusano se convierte en mariposa y que esto se llama metamorfosis.

A ella le enseñan a colocar lo redondo en lo redondo, lo cuadrado en lo cuadrado, a cantar y hacer palmas al mismo tiempo, a tocar las cosas y decir su nombre, tocar zapato y decir:

—Zapato.

Tender la mano bajo la lluvia y decir:

—Agua.

Casi todos sus compañeros de colegio tienen la cara de los chinitos tristes. Ella también, pero no tanto.

Mamá, que fríe croquetas para la comida, la llama:

—Nuria, hija, ven a poner la mesa.

Nuria entiende y sonrío.

Cuando entiende, su sonrisa es muy alegre, sino, es triste y perpleja.

Golo, el pato, y ella, son amigos.

Cuando ella está triste viene Golo y le picotea la mano hasta hacerla reír.

—Nuria —insiste mamá.

Mi hermana Nuria lleva puesto un jersey que le tejió mi hermana Marta. Es bonito y llamativo. Son siete franjas de siete colores: azul, verde manzana, rojo fuerte, amarillo eléctrico, naranja, verde hoja y blanco.

Fue una idea de papá.

—Así, cuando se pierda, no preguntaremos por una niña sino por un jersey rarísimo.

Mi hermana Nuria, al pie del cerezo, debajo del paraguas negro, contra el gris de la lluvia que ya se viene sobre la mar, parece un arco iris agazapado